

Mario Teodoro Ramírez, *Filosofía Culturalista*, Morelia, Gobierno del Estado de Michoacán, 2005, pp. 313.

IGNACIO QUEPONS RAMÍREZ

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

El problema de la cultura figura entre los principales intereses de la filosofía contemporánea. El desafío de un mundo globalizado y el énfasis actual en la pluralidad de culturas obligan a trazar mapas de ruta para el pensamiento y la acción en nuestros días. En ese sentido quizá sea cierto decir que Mario Teodoro Ramírez nunca se ha resignado a sólo ver en la filosofía una mera explicación de la realidad, sino que a lo largo de su pensamiento filosófico encontramos una permanente preocupación porque la filosofía vaya más allá, hacia un impacto efectivo sobre el mundo. La filosofía para Mario Teodoro Ramírez es transformación y ejercicio de creación permanente. Tal su visión de la filosofía, tal su visión sobre la cultura misma.

Filosofía culturalista no es un estudio de filosofía de la cultura si por ella se entiende una teoría o explicación sobre la cultura. Se trata de un ejercicio como aquel que Gaos denominaba una filosofía de la filosofía, proponiendo una reflexión sobre la tarea de la filosofía desde la cultura con miras a reposicionar el quehacer filosófico como parte de la trama cultural. De fuerte influencia de la tradición filosófica francesa de orientación fenomenológica y hermenéutica, así como atento lector del pensamiento de Gilles Deleuze, apuesta porque el pensamiento sea una conjunción problemática y desbordante entre la imaginación, la creación y el ejercicio de la razón.

El tema principal que recorre el libro es la relación entre filosofía y cultura, problema que Mario Teodoro Ramírez propone plantear en términos de una vinculación esencial y dinámica. La filosofía forma parte de la cultura, está inmersa, encarnada en la cultura misma y por ende está implicada en el devenir y la pluralidad de los acontecimientos culturales; por otra parte, la cultura encuentra en la filosofía un momento inmanente de reflexión sobre sí misma.

En esta obra Mario Teodoro vuelve a uno de sus primeros libros, *El quiasmo: un ensayo sobre la filosofía de Merleau-Ponty* (Morelia, UMSNH, 1994) cuya apropiación

original del pensamiento del filósofo francés permanece presente en sus reflexiones, de modo que es posible pensar la relación entre filosofía y cultura como una implicación dialéctica cuyo eje dinámico es precisamente la figura de un “quiasmo”, una filosofía para la cultura es siempre una filosofía *en* la cultura y *desde* la cultura y una cultura en movimiento que adquiere gracias a la filosofía una reflexión que no se separa de ella misma y proyecta una dimensión crítica de sí misma. La cultura auténtica reconoce en la filosofía un momento coyuntural, fundamental, donde desde sí misma realiza la reflexión y la crítica que permite el movimiento y la pluralidad haciendo posible que la cultura sea siempre una experiencia viva y creativa.

La cultura y la filosofía para Mario Teodoro Ramírez no deben pensarse como espacios o experiencias separadas sino como momentos de una misma dinámica que va de la filosofía a la cultura y de la cultura a la filosofía con consecuencias transformadoras para ambas. La filosofía no deja de ser un saber universal y neutro, sino implicado en su condición de proyecto cultural, y la cultura adquiere, gracias a la filosofía, la chispa de la creatividad, la imaginación y la racionalidad como integración de su auténtico sentido.

La obra está dividida en cuatro capítulos. El primero intitulado “De la filosofía a la cultura” es el manifiesto hacia una filosofía culturalista, un pensamiento que asume un programa fuerte de reflexión sobre la cultura, destacando sus compromisos ontológicos, lo que para el ser mismo de la filosofía supone que aquello por lo que pregunta, la cultura, sea el horizonte mismo que la hace posible. Se trata de pensar la reflexión filosófica no como separada y pretendidamente pura respecto de la multiplicidad de manifestaciones culturales y sus problemas. Es necesario para Mario Teodoro Ramírez que la filosofía asuma como parte de su propio ser un carácter eminentemente cultural e histórico. El filosofar culturalista sigue siendo filosofía en el sentido fuerte, con derivaciones y planteamientos ontológicos pero asumiendo esta ontología como parte del horizonte de la cultura.

En buena medida, la propuesta de Mario Teodoro Ramírez forma parte del giro ontológico derivado de la hermenéutica filosófica de Gadamer que, frente a la aproximación epistemológica u objetivista hacia el acontecer humano, hace del conocimiento objetivo una actitud derivada de una experiencia más primordial que es la comprensión, situada históricamente y como el momento de apertura misma del mundo. La reflexión filosófica sobre la cultura forma parte de una experiencia ontológica fundamental que toma como horizonte de comprensión a la cultura desde donde se realiza el acontecimiento del pensar.

El segundo capítulo es una elucidación del concepto de cultura donde propone pensar el horizonte ontológico de lo que es la cultura como espacio de auto-creación permanente de la realidad humana.

El último apartado de su segundo capítulo denominado un “concepto semiótico-hermenéutico de cultura” esboza una teoría o aproximación a la noción de símbolo como el evento de significación fundamental que constituye lo propio de la cultura: su carácter permanentemente creativo, abierto a múltiples interpretaciones y a ser siempre acontecimiento. Desafortunadamente se trata de un apartado muy breve del que uno esperaría una consideración más amplia, pero lo interesante es que traza el mapa de una investigación que ofrece interesantes perspectivas: más allá de la hermenéutica y de la semiótica (o mejor dicho semiología) es conveniente una aproximación simbólica de la cultura basándose en el mapa que el propio Mario Teodoro Ramírez expone en este capítulo caracterizando al símbolo como experiencia de sentido y acontecimiento. En realidad creo que su noción de Símbolo encuentra sus raíces más en Merleau-Ponty y Deleuze que en otros pensadores que han hablado sobre el problema del símbolo en la filosofía contemporánea, por lo que creo que no sólo resulta especialmente vigente su propuesta sino que va más allá de lo que aporta la hermenéutica de Ricoeur o Gadamer a este respecto.

De hecho, en un verdadero acierto, Mario Teodoro Ramírez llega a afirmar que “la hermenéutica contemporánea ha insistido tanto en la lingüisticidad de la comprensión al grado de hacernos olvidar la fuente vital irrenunciable, el componente emocional irreductible de todo verdadero comprender y toda relación interhumana concreta”. (p. 262) Una teoría de la cultura que tenga como su seno una idea del símbolo que es expresión y acontecimiento, que es encarnación de sentido en la manifestación sensible pero abierta a lo universal, lo mismo que excedencia de toda expectativa y por ende irreductible a una determinación unívoca de su significación, supera el paradigma semiológico y hermenéutico en una vuelta a la consideración de lo afectivo de la experiencia concreta y sensible. Vinculándose con algunos de los precursores de la filosofía de la cultura, como Herder, Mario Teodoro Ramírez encuentra en la afectividad el posible fundamento para un humanismo universal (Cfr. p. 263).

El tercer capítulo se refiere al tema del pluralismo cultural y junto con el último capítulo destinado al universalismo cultural es abordado con lucidez el problema del reto de pensar la universalidad de ciertos valores culturales en que sostengan o se sostengan en la diferencia y pluralidad de culturas. En estos capítulos hace una

precisa y amena revisión de dos figuras fundamentales para la reflexión filosófica sobre la cultura: Herder e Isaiah Berlin. Es especialmente importante además la valoración crítica que hace Mario Teodoro Ramírez del pensamiento de Cornelius Castoriadis

Mario Teodoro Ramírez propone pensar el universalismo cultural en términos de un universalismo de la experiencia, o fenomenológico, que siempre con base en la dimensión originaria del mundo de la vida, intersubjetivo, histórico y propio, se mantiene apartado de teorías y abordajes abstractos. Este nuevo universalismo del que habla Mario Teodoro Ramírez va más allá del universalismo eurocéntrico clamando por una interculturalidad horizontal que, sostenida en la diferencia, comparta ciertos valores que hagan posible la realización efectiva de la diferencia. Se trata pues de un universalismo pluralista, multicultural, puesto que encuentra en la diferencia la expresión más excelsa de lo humano-universal, que se fundamenta no en imperativos formales sino en las dimensiones concretas, afectivas, prácticas.

En el último apartado de su libro, propone un cosmopolitismo intercultural que supere las culturas cerradas en sus tradiciones y valores hacia una actitud de disposición de aprender y valorar elementos de las otras culturas de modo que cada cultura sea un universo abierto, inacabado e inacabable. El cosmopolitismo promueve el horizonte para el orden de los agenciamientos múltiples, de diversas apropiaciones y proyecciones expresivas.

Esta interculturalidad debe ser promovida desde abajo, en un permanente proceso dinámico, sólo así es posible combatir al cosmopolitismo abstracto, ideológico y superficial. El cosmopolitismo cultural que plantea Mario Teodoro Ramírez es una apuesta al riesgo y a la oportunidad de transformarse, de entrar en devenir con las otras culturas, e incluso, de hacer posibles otras nuevas.

El talante culturalista de la filosofía sitúa la tarea del pensamiento no como mando o dirección basado en fórmulas prediseñadas sino que se esfuerza porque nos mantengamos siempre atentos al vasto mundo de la experiencia, como señala él mismo al final de su obra, la filosofía ha de estar “siempre abierta a volver a tomar impulso en el asombro, el desafío que le significa buscar comprender e interpretar las múltiples posibilidades innovadoras que constantemente están diseñando los diversos movimientos sociales, culturales y políticos en su devenir más cotidiano. Que respecto a esto, respecto a la creatividad de la praxis humana, no haya nunca interpretación concluyente ni palabra final” (p. 313).